

EL ENSAYO,

símbolo de la burguesía

(Ateneo I-55)

ME ha sorprendido recientemente ver caracterizada a nuestra generación como especialmente dotada para el ensayo, y a este género literario como característico de nuestros días.

Para entendernos sobre estas y otras afirmaciones es preciso ponernos antes de acuerdo sobre qué sea el ensayo; ello sin pretensiones conceptuales o definitorias que serían inadecuadas para tan escurridizo tema.

Si aplicamos un criterio de exclusión, es decir, si nos limitamos a separar unos cuantos géneros bien definidos y denominar «ensayo» a lo que queda, obtendremos un concepto amplísimo en el que cabe desde el más modesto artículo de periódico hasta el libro más elaborado con tal de que no tengan «argumento» ni se hallen expuestos en forma sistemática o rigurosamente científica. Sin embargo, las palabras «ensayo» y «ensayismo» evocan en nosotros algo mucho más concreto y temporal que ese innocuo residuo falto de precisión. Situemos esta común evocación en el espacio y en el tiempo. Ante todo, se trata de un género rigurosamente moderno, popularizado en nuestro país por ese am-

biente y época que llamamos hoy «generación del 98», crecido por los años de la gran depresión filosófica que representó el neokantismo, estrechamente ligado entre nosotros a lo que se llamó «ateneísmo», culminante en la época que precedió a nuestra guerra. Dos nombres —un autor y una revista— se asocian inconscientemente a la palabra ensayo: Ortega y la Revista de Occidente.

Sin embargo, el ensayo es, ciertamente, más y más amplio que cuanto delimita esta corriente intelectual; pero menos —es decir, algo mucho más concreto— que aquel concepto neutro y general. He pensado alguna vez que, así como el nombre de «sofística» designa para nosotros una época de la antigüedad, así nuestra época —o más bien la que murió en nuestra infancia— podrá pasar a la historia con el nombre de «ensayística». Para los griegos del siglo V antes de J. C. la sofística era sólo un ambiente que crearon los maestros de retórica, y que se caracterizó por la discusión y el ejercicio agonístico; fué el virtuosismo y la falta de verdad de los sofistas lo que confirió al nombre el sentido peyorativo que hoy se aplica a toda aquella época y ambiente.

¿Cuáles serían para el ensayo esas posibles implicaciones que lo harían título peyorativo de nuestra época? Ante todo, el ensayo es el modo de escribir sobre cualquier tema «sin comprometerse», una suave manera de nadar y guardar la ropa o de tirar la piedra y esconder la mano. Cualquier sistema de soluciones o afirmaciones que siga en un artículo o libro a su fase crítica, declarando y comprometiéndose la posición del autor, lo excluye del género ensayístico.

El ensayismo se sitúa culturalmente en el racionalismo decadente, en la época en que, perdida ya la ingenua fe en los sistemas trascendentales y en los ideales progresistas, se rehúsa también aceptar las consecuencias organizativas y totalitarias de la Revolución Internacional. Su mundo filosófico es el relativismo. El Manifiesto Comunista, por cuanto es afirmación y compromiso, no es, ciertamente, un ensayo. Tampoco lo son los libros cristianos que se apoyan en una fe: cualquier modo de «sobre-ti» y de afirmación es antiensayístico. El ensayista no saluda «a la paz de Dios», ni tampoco con el puño o el brazo en alto; saluda con el sombrero.

Otra característica del ensayista es la frivolidad y el virtuosismo. Los conceptos y las cosas pierden límites y aristas en sus manos: adjetivos hábilmente dosificados pueden reducir todo a todo y demostrar —ensayísticamente— lo que convenga. Y no a un fin de dialéctica jurídica, como en la sofística antigua, sino puramente esteticista, crítico y culturalista. El ensayismo es el mundo de la burguesía liberal, un mundo sin fe, pero profundamente apegado a sus hábitos, un mundo crítico y esteticista que ha pasado ya. Son los temas raíces de la protesta de Kierkegaard: el ocioso y crítico visiteo de la burguesía, el «es natural» de los conformistas frívolos. El ensayismo explica, sin duda, el tema del «compromiso» o «engagement» como uno de los centrales del Existencialismo. Explica también el profundo desprecio que el comunismo experimenta, a pesar de los servicios prestados, hacia el izquierdismo intelectual —nuestro «ateneísmo»— como «última excrecencia del mundo burgués».

Pero ensayismo es, como he dicho, más que el izquierdismo intelectual. Fué toda una época y en ella inspiró hasta a aquellos que podrían considerarse más alejados de sus implicaciones teóricas. Fácil nos será pensar en autores —de nuestros valores consagrados— que, siendo personalmente hombres de profunda fe, escriben, sin embargo, con la irresponsabilidad, la ausencia de compromiso y de sistema y la prestidigitación de conceptos que caracterizan al ensayismo. El constante coqueteo con los auténticos ensayistas y el horror a verse clasificados en ninguna clase de escuela o de confesión completan el cuadro clínico. Cualquiera de sus demostraciones históricoculturales, aunque lleve a los más seguros puertos de la más pia ortodoxia, parece llevar implícita la advertencia: «y conste que, como he demostrado esto, podría muy bien haber demostrado todo lo contrario». En muchos de nuestros ensayistas «de ambiente» esto no es sólo una impresión que causan en el ánimo del lector, sino una impresión deliberadamente buscada por ellos mismos.

El ensayismo ha sido, además, un corrosivo para nuestra cultura, aun en sus más profundos reductos científicos y filosóficos. El ideal del sabio investigador, la obra de toda una vida, se han visto constantemente asediados por la tentación del sabio ensayista, prestigioso suministrador de cultura a la sociedad burguesa en tesis audaces y brillantes. No es casual que hombres bien representativos en la medicina de hoy sean ensayistas de todos los temas y que alguno de nuestros famosos filósofos se haya agotado en ensayos y conferencias de buena sociedad.

La hora del ensayismo ha pasado fatalmente a la historia como pasaron «los felices veinte». Su cenit lo marcaron «los inciertos treinta», y en «los amargos cuarenta» ya no había sitio para el ensayo. Puede darse una explicación histórica inmediata: la hora de los totalitarismos es incompatible con el ensayismo por lo que éste tiene de crítico, individualista y destructor. Cabe en ellos un ensayismo «dirigido», pero éste carece de lectores porque repugna sin distraer. Y lo que cae fuera de las directrices estatistas no puede ser ensayo: posee una existencia demasiado trágica y comprometida para dejar de ser afirmativo y concluyente. Pero la explicación última y resolutive es que el ensayismo, símbolo de la burguesía y del racionalismo decadente, es, como todo período crítico, un estadio transitorio, antinatural para el hombre cuya función judicativa le lleva a afirmar y cuya voluntad le impele a adherirse o a repudiar. Hoy toda Asia y media Europa se hallan bajo el poder de los que afirman la organización racional totalitaria, y en la otra media el mundo de los diletantes y de los ensayistas cede terreno ante la única fuerza afirmativa que puede oponerse a aquélla: el Cristianismo. Comunismo y Cristianismo dibujan así las posiciones-límite y los ejércitos de la batalla definitiva.

En España la guerra de Liberación representó, quíerese o no, el final del ensayismo y de las «posturas» intelectuales. Aunque en ella combatió todo el mundo, las fuerzas que agruparon a ambos bandos fueron las auténticamente arraigadas en la Historia y en la convicción, las animadas por una fe y un compromiso interno. Allí, en aquella perfecta discriminación de campos, murió el ensayismo irresponsable, e igualmente habría muerto si el desenlace de la lucha hubiera sido otro. Sin embargo, es cierto que en la Historia no hay nunca límites absolutos, y el ensayismo ha conocido prolongaciones más o menos híbridas con formas de crítica harto convencionales. Como ha ocurrido tantas veces, algunos de los elementos que más blasonaron de revolucionarios fueron en este punto los más dogmáticamente conservadores. Entre estos elementos y lo que quedaba del antiguo izquierdismo intelectual se operaron siempre ocultos fenómenos de simbiosis, y es a través de este ensayismo convencional de posguerra por donde el auténtico ensayismo ateneísta ha conocido una efímera e ininteresante reviviscencia.

Felizmente para los nuevos tiempos, el ensayismo ha terminado su papel: la mayor parte de los nombres que se clasifican como ensayistas no lo son en realidad, y a su lado hay otros muchos que nadie osaría incluir en el ensayismo.

